



Personas Educación Personalización Educación

Educación y valores¹

Sergio Fernández Aguayo²

1 Exposición en el Coloquio sobre “La Educación en un Momento Crucial”, Universidad Nacional de Córdoba, Mayo 2013.

2 Presidente del Instituto Jacques Maritain de Chile. Ver más en nuestro link de Autores.

“Valor” significa que algo es digno de ser; que su existencia está justificada; que es precioso, noble, excelso. “Valor” es pues, una expresión que también indica algo que es positivo, que posee una fuerza de realización, que eleva, que está lleno de sentido.

Romano Guardini

Introducción

Ya en 1943 apuntaba el filósofo Jaques Maritain que la causa principal de los problemas educacionales -todavía muy menores comparados con los del día de hoy- no provenían de una crisis pedagógica, sino antropológica. La educación es un arte, afirmaba, y el error más común es olvidar su fin. Si no se sabe quién es el hombre, a lo más que puede llegarse en educación es a ofrecer una instrucción técnica. Pero señalaba que peor era creer saber quién es el hombre y errar en la respuesta. Toda negación de la dimensión trascendente del hombre conduce a negar la parte espiritual de su educación. Si el ser humano es solo materia, la libertad no existe: se hablará entonces de adiestramiento, o la educación se limitará a planteamientos meramente pragmáticos.

Se insiste mucho hoy día en el pluralismo y el valor de la tolerancia, lo que es positivo. Pero ¡cuidado! no es posible en educación dejar de lado la aspiración a la verdad y la posibilidad de conocerla. Sin dicha aspiración no habrían existido Sócrates, Galileo, Martin Luther King; la filosofía, la ciencia y el progreso humano se habrían retrasado.

Actualmente hay una tendencia a reiterar el hecho que cada uno tiene su verdad. Pero ningún docente puede tener “su verdad”, por ejemplo, sobre las leyes de la termodinámica o el resultado del cruce de los Andes por los ejércitos de San Martín y O’Higgins. De no existir alguna verdad, desaparecería la posibilidad de una comunidad ética o de un patrimonio compartido de valores que permitan la convivencia civil.

Realidad actual y cultura

Creo que todos tenemos inquietudes en relación con nuestros países y su orientación económico-social, y también preocupación por la falencias de nuestros sistemas educacionales.

En Chile al menos existiría cierto consenso sobre las carencias de nuestro sistema escolar, a pesar de los esfuerzos hechos para remediarlas. Podemos anotar entre sus tristes consecuencias, deterioro progresivo del lenguaje, aumento de la criminalidad juvenil, embarazo adolescente, droga y violencia, la alta desocupación juvenil por carencia de calificación y, por último, la falta de preparación de los escolares para continuar estudios superiores.

Para ello es quizás previo reflexionar sobre las características del mundo y la cultura actual, bien distinta de la que existía cuando nosotros fuimos educados. Esquemáticamente, he aquí algunas:

El pluralismo de las ideas y los comportamientos.

La caducidad y rápida sustitución de los conocimientos.

La socialización de los bienes culturales.

La escolaridad generalizada y la universidad de masas.

El papel dominante de los medios de comunicación; el crecimiento exponencial de la información hace muy difícil conocer la realidad, que se nos presenta siempre mediatizada, interpretada por el medio a través del cual nos llega,

Las exigencias del crecimiento económico que implican investigación e innovación constante.

En suma, un mundo en cambio acelerado en que la ampliación casi infinita de los conocimientos convierte en un verdadero problema la pregunta sobre qué se debe enseñar y cómo se debe aprender. La complejidad creciente de la sociedad actual implica una tensión permanente entre la exigencia de especialización, la necesidad de profundización y diálogo entre distintas especialidades, y la búsqueda de visiones globales.

En verdad no hay cultura cuando no existe una idea global que reúna, unificándolos, todos los aspectos de la vida humana, a la luz de valores guías, propios del ser humano en cuanto tal. La esencia de la cultura es la finalidad, el sentido.

Una persona culta es quien percibe el valor y fundamento de la vida humana; tiene capacidad de captar su sentido y componerlo con todos los elementos de la realidad.

Una advertencia oportuna

La filósofa norteamericana Martha Nussbaum ha lanzado hace poco un afilido llamado contra lo que a su juicio es el inminente final de la educación liberal y los estudios humanísticos. Producto de una lógica utilitarista, estarían prevaleciendo en los sistemas educativos en todo el mundo la preferencia por los temas tecnológicos y científico-prescriptivos, con respecto a las disciplinas especulativas, filosóficas y literarias, relegadas a ámbitos marginales.

Nussbaum señala que se están poniendo en marcha procesos de reforma orientados a la preparación profesional, a la reducción de los costos de aprendizaje, a la adquisición de competencias más que conocimientos, reduciéndose la educación a un "training" más que a una verdadera formación.

Podría decirse que la educación se encontraría, después de casi 70 años, en la misma encrucijada que J. Maritain indicara en 1943.

El humanismo tiende a hacer del ser humano más verdaderamente humano, para que manifieste todas sus potencialidades y su grandeza original, permitiéndole participar en todo cuanto puede enriquecerlo en la naturaleza y en la historia, como decía aproximadamente Max Scheler: "concentrando al mundo en el hombre" o bien "dilatando al hombre en el mundo".

El humanismo apunta a que el hombre desarrolle las virtualidades que contiene, sus posibilidades creadoras y el ejercicio pleno de su razón, y que al mismo tiempo trabaje para convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su libertad.

Así entendido, el humanismo es inseparable de la civilización o de la cultura, tomadas ambas como sinónimos. En este sentido la educación de hoy necesita ser tecnológica y empresarial, pero tiene que procurar ser profundamente humanista -no hay contradicción en ello- y por eso mismo no elitista sino vinculada al mundo de la empresa y el trabajo, que es la realidad donde hoy día la gran mayoría de los seres humanos se desempeña y busca su plenitud.

Una educación humanista es pues la que ayuda a los educandos a que lleguen a ser lo que están llamados a ser. De allí que no sería posible educar sin saber antes que es el hombre y cómo es. Es necesario un referente antropológico como fundamento de la labor educativa. "La pedagogía que carezca de respuesta a la pregunta ¿qué es el hombre? no hará sino construir castillos en el aire"¹. Una visión relativista de la persona humana plantea serios problemas a la educación, sobre todo a la educación moral².

La coyuntura que enfrentamos

Nuestros sistemas de educación están diseñados como un canal de movilidad, un dispositivo de acceso al progreso material y humano, una fase preparatoria al desempeño de ocupaciones en el mercado laboral. En el sistema educativo se juega en parte el destino de las personas en su vida posterior, y de allí que todas aspiren a un acceso equitativo a una educación de mejor calidad.

Hoy día pareciera existir consenso en poner la calidad en el foco de la política educativa. Pero la calidad

1 Stein, E.: *La estructura de la persona humana*. BAC, Madrid, 2003, p. 21.

2 Benedicto XVI: *Caritas in Veritate*, N° 44.

no puede estar referida a un elemento abstracto y trascendente, es más bien una cuestión relativa a personas y grupos, y sujeta a criterios disímiles.

En las últimas décadas se han ido configurando las ideas sobre contenidos mínimos y se abre paso a la instalación de sistemas nacionales de evaluación. Pero todos ellos dependen de los estándares que se establezcan. Lo que se traduce en que lo que se enseña está determinado por la prueba, no por el programa, y menos por la vocación de los educandos. Los alumnos estudian para la evaluación, no para aprender, "lo que no está en el examen, no se estudia" dicen.

Desde una perspectiva humanista la educación debe ser en cierta forma personalizada, lo que vale es el desarrollo de cada alumno de acuerdo a su capacidad. Las personas aprenden de acuerdo a distintos ritmos y mediante procesos.

La educación como traspaso de conocimientos y sabiduría es un bien en sí, y sus frutos no son medibles solo por resultados cuantificables. Lo que importa es que los alumnos puedan aprender a pensar, a tener juicios críticos, logren tener una mente alerta, sean solidarios y participativos, mejores amigos y más felices. Y eso no siempre es equivalente a lograr certificados y títulos.

Hay que tener presente que la etapa escolar de la vida no está conformada solamente por aquellos años en que se procura obtener dichos certificados, que se supone van a abrir las puertas de un trabajo interesante, de un cierto bienestar económico, e incluso quizás la felicidad. Porque todos los seres humanos buscamos eso, una realización personal por medio de una actividad o trabajo digno, que a su vez puede ser acceso a otras satisfacciones.

Pero para obtenerlo se requiere más que unos años de estudios exitosos, se requiere ser un ser humano en todo la amplitud de lo que esto significa. Y el ser humano, a diferencia de otros seres que comparten nuestro mismo planeta, no está hecho ab initio, se va haciendo a medida que se construye a sí mismo, a medida que es formado por la sociedad a que pertenece, en la medida que recibe de sus órganos especializados, una verdadera formación.

Modelos personales y sociales

El sistema educativo es el órgano social encargado de dar instrucción, capacitación y formación. Es en este último aspecto -la formación que dan nuestros establecimientos- donde se puede encontrar una identidad diferenciadora. Naturalmente que solo podremos coadyuvar a un proceso que comenzó en la familia, sigue en la escuela, en la vida adolescente y actualmente durante toda la vida.

Para formar personas tenemos necesidad de modelos. No es ésta una cuestión trivial, es un punto fundamental. Si hay modelos de identificación se puede educar, porque nos ayudan a develar valores, potencialidades y virtudes. Dinamizan a las personas, las ponen en marcha.

Hay modelos de familia, de grupos, de sociedades, que por sí mismos son constructivos. Hay otros que por su propia inercia son deshumanizantes, dificultan una verdadera educación.

También hay modelos de personas, o mejor dicho personas modelo. Quizás cada uno de nosotros recuerda a un profesor especialmente atrayente, o que hacía atrayente el ramo que enseñaba, de manera tal que influyó en nuestra decisión sobre el rumbo profesio-

nal. ¿Cuál es la situación de nuestros profesores actuales, en este aspecto? Las necesidades de perfeccionamiento y modernización parecen ineludibles.

Como el sistema educacional está inserto en una sociedad más amplia, es deudor y tributario de ésta. Nos deberíamos preguntar por el modelo de sociedad que estamos viviendo en nuestro país, o más bien por el proyecto de sociedad que estamos construyendo y para el cual debemos preparar a los alumnos.

No es esta una pregunta teórica, una divagación sobre los posibles y los futuribles. Es una pregunta de graves consecuencias prácticas, porque los educadores, al enseñar cada día, están metidos de lleno en la formación de personas, y quiéranlo o no transmiten unos modelos y unos valores que influyen ciertamente en sus alumnos.

Es importante una toma de conciencia sobre los modelos de sociedad que estamos proyectando, y re-

◆ "En el mundo actual tenemos que aprender a vivir con un margen inmenso de no saber. Los que enseñan dominan solamente un archipiélago de certezas en un océano de incertidumbres. Y los alumnos -especialmente los ya universitarios- no han perdido la capacidad de preguntar, de cuestionar, tienen el deseo de ser actores en esta historia y subirse al escenario del Existir con mayúscula".

flexionar sobre su relación con los criterios y valores que queremos transmitir.

Preguntarse sobre el modelo de sociedad futura que van a vivir, o que ya comienzan a vivir los alumnos, es una cuestión de mucha complejidad. ¿Quién es capaz de aventurarse a prever el futuro? ¿No es acaso una pregunta ingenua? ¿Nos estamos metiendo en un callejón sin salida?

Quizás no tengamos ideas muy claras sobre ese futuro, más aún cuando ha terminado el mundo bipolar que marcó nuestro siglo XX, pero aún no se configura suficientemente el mundo multipolar que emerge. Podemos sin embargo tener algunas certezas, como es el aumento de la pobreza en continentes casi completos, y también en países de mediano desarrollo. El aumento de las migraciones avanza desde inmensas áreas de pobreza hacia los polos de riqueza existentes, a veces también en decadencia; los cambios tecnológicos vertiginosos que nos llevan de sorpresa en sorpresa; la crisis financiera, económica y ciertamente moral que el mundo está padeciendo.

Hoy día la cultura ambiente parece poner como fin casi exclusivo de la sociedad el crecimiento económico, en un mundo cada vez más competitivo. La búsqueda de la competitividad a todo trance ha enfatizado exageradamente el individualismo, ha deshecho muchas solidaridades.

¿Son solidarios nuestros tiempos? Ciertamente son globales, vivimos en una creciente interdependencia entre hombres y naciones. Las exigencias económicas se imponen por doquier, mundializan las empresas y los mercados. El mercado es entendido como el único regulador de la vida social. Todo puede ser negociado, en cualquier momento, en todas partes... la mercantilización del mundo.

El gran desafío actual es educar en este mundo en constantes y acelerados cambios, sabiendo transmitir los valores y conocimientos esenciales del pasado, pero preparando al educando para enfrentarse a un mundo futuro que no conocemos. Según Hanna Arendt, la educación se coloca "entre el pasado y el futuro", entre la estabilidad y el cambio, entre la tradición y la innovación.

Escribir en las almas...

La calidad de la educación depende en mucho de los educadores. Platón llegó a definir el educar como un escribir en las almas los mejores discursos.

El ser humano no puede ser fabricado, ni cultivado, ni domesticado, debe ser educado como una persona, como un ser hecho de materialidad y espiritualidad, dos polos que lo constituyen de manera esencial, y que necesitan armonizarse cada vez mejor. Porque no es automático ser un ser humano, un ser perfectible, que está siempre en tensión entre aspiraciones infinitas y posibilidades limitadas.

El verdadero educador debe espolear el intelecto y la voluntad de quienes le han sido confiados, para hacerlos crecer en libertad, teniendo siempre presente la difícil relación entre la idea y la acción concreta. El ser humano forja su vida al ritmo de decisiones libres y educar es hacer descubrir el sentido y la utilización de la libertad, como ingrediente esencial de la naturaleza humana.

Pero la educación depende también de la disposición de los educandos. Hay que tenerlo muy presente. En el mundo actual tenemos que aprender a vivir con un margen inmenso de no saber. Los que enseñan dominan solamente un archipiélago de certezas en un océano de incertidumbres. Y los alumnos -especialmente los ya universitarios- no han perdido la capacidad de preguntar, de cuestionar, tienen el deseo de ser actores en esta historia y subirse al escenario del Existir con mayúscula.

Las respuestas que hoy se dan a los jóvenes deben labrarse día a día en una interacción profesor – alumno. Por eso educar hoy significa enseñar a los alumnos a auto-educarse sin cesar en un ambiente fluido, en sociedades en constante evolución.

El objetivo de la educación en nuestros países debiera ser facilitar la construcción de un porvenir más digno para todos. Si se limita la educación a alcanzar únicamente objetivos económicos y bienes materiales, traicionaría su misión.

Un sociólogo francés contemporáneo, Gilles Lipovetsky ha descrito nuestra sociedad actual en libros que llevan por títulos La era del vacío y El crepúsculo del deber.

Para llenar los vacíos -principalmente morales- y enaltecer los deberes -el respeto al principio democrático de convivencia, los derechos y libertades fundamentales y sus obligaciones consiguientes, como la solidaridad social- la educación debe abarcar formación e información, técnica y valores, de manera que forje ante todo hombres y mujeres plenamente humanos, verdaderos ciudadanos, y también eficientes profesionales.

